

Editorial

El deporte, actividad sin más objetivo que el de la redundancia de la victoria como fin en sí mismo, se ha convertido en contenido principal, por no decir único, de esa mala pasión que es todo patriotismo.

Rafael Sánchez Ferlosio, Diario *El País*, 07/08 de 2010.

Un homenaje a los Juegos Deportivos Suramericanos Vienen... llegaron y... se fueron los Juegos... vendrán otros

Según Ferlosio (2010)¹ la cultura en general, y especialmente la cultura de estadio, ha sido siempre, de manera congénita, un instrumento de des-subjetivación política y de control social. Así, los Juegos Olímpicos, Panamericanos, Suramericanos (...) pasan de signo a símbolo... dejan de ser una serie de deportes, de implementos, de escenarios, de personas, de países... dejan de ser *número natural* y aparecen como una construcción social que configura ESPECTÁCULO; recipiente de mensajes, de propaganda puesta en escena, de competencia cargadas de ideas, de política, de ideología, de ocultaciones y visibilizaciones, de encuadres, clasificaciones y enmarcaciones interesadas que se impulsan con patrocinio y subsidio de nuestro bolsillo, impuesto que se coloca al servicio de una institucionalidad gubernamental que no siempre responde a los intereses de *los más*.

La ciudad toda, a una, se disfraza, se cubre de banderas, de *civismo*, de seguridad, se hincha toda de patriotismo, banderitas para las ventanas, los carros y las mascotas, no faltan los que se tejen vestido tricolor. La ciudad esconde sus andrajos y sus desechos, la lustran, la higienizan, la maquillan, la acicalan y la embadurnan de perfume "barato". La ciudad se convierte toda en producto comercial y en un emblema nacional. Tira la casa por la ventana, se endeuda, está de fiesta.

En medio del olor a pólvora importada y acompañados de muñecos barceloneses y `pirueteros´ globales que se alquilan en el mundo para animar cualquier fiesta vaciada de *cultura propia*, salimos todos a ritmo de la nota marcial. Los actos y desfiles de apertura y de clausura, rituales cargados de nacionalismo localista que se permea en el público y en lo público, avanzan en medio de discursos y pirotecnias que promueven valores y *referentes ciudadanos* seleccionados por el Gobierno.

¹ Sánchez Ferlosio, R. (2010). ¡Y qué afán de ganar y ganar! Diario *El País*. España.

Patético, los *politiqueros*, desfachatados, pugnan con descaro, ya no tras bambalinas, por quedar de primeros en la foto... por tener placa en la entrada del escenario para que el pueblo los recuerde. Ellos lo saben muy bien, en corto tiempo la ciudad cambiará ligeramente de vestido para la justa electoral; el deportista, el espectador, el sujeto y el objeto de noticia están en medio entre justa y justa; entre deporte y política hay un solo ganador, unos dicen que gana el país, la nación, el pueblo, el partido, la seguridad, la gente, la raza, la antioqueñidad... remedio para todo; en la tribuna y en la calle la organización les cuelga a todos medalla de papel, simbólica de triunfo; todos somos ganadores... nadie perdió, según el mensaje.

Más allá de lo que ocurre en el recuadro de la competencia, hay otro espacio-tiempo de los juegos; en la valla, en la cuña, en el gesto y la registradora del patrocinador multinacional, en la escena alterna de la cancha, en la diatriba de algún periodista, en la cara del general, en la modorra de la fila, en las conversaciones protegidas de la sala VIP... hay otros juegos que pueden ser mirados para comprender el conjunto del espectáculo. Los juegos, diría Bourdieu² (1997), componen un proceso de trasmutación simbólica, que demanda un giro en la mirada; hay muchas manifestaciones, cifras, economías, estéticas y educaciones visibles o invisibles, que rodean las justas. Se evidencia una construcción social del espectáculo que la academia deportiva debería descubrir.

Los beneficios económicos, políticos y deportivos marcan el peso de los deportes, el acceso a boletería, la ubicación de cámaras y micrófonos, la asistencia y localización de los políticos en los escenarios, las representaciones corporales en boca de los periodistas y entrenadores, los ideales deportivos traspasados al público. Hay comestibles y bebidas oficiales que se permiten y se prohíben, derechos de transmisión multinacionalizados, sedes, escenarios y deportes apropiados con criterio político. Hay una explotación simbólica, económica y política del triunfo nacional en los juegos, la antioqueñidad o la colombianidad —dependiendo del panacústico de ocasión— suben en tono e intensidad.

La academia está en deuda, se debería llevar a cabo una investigación y una reflexión de todo el sistema de rendimiento y de

² Bourdieu, P. (1997). *Sobre la televisión*. Tr. Thomas Kauf, Barcelona: Anagrama. pp. 119-124. Este texto resume una ponencia presentada en la reunión anual de la Sociedad Filosófica para el Estudio del Deporte, celebrada en Berlín el 2 de octubre de 1992.

competencia, es lo común, lo privilegiado; pero también falta una investigación que tenga por objetivo la *identificación saludable* de los mecanismos de coerción y utilización que se imponen a la ciudadanía por la vía del espectáculo deportivo.

Los escenógrafos y los patrocinadores, los deportistas, el público y los académicos, todos quedamos felices, se acerca entonces una cadena de justas que rellenan y comprimen el espacio y el tiempo de la vida pública; mucho tiempo-espacio, mucha economía para el espectáculo y el divertimento interesado. Desde la academia deberíamos preguntarnos por nuestro lugar allí.

William Moreno Gómez

Co-director Revista Educación física y deporte